

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

COSTUMBRES LA CRISIS DE LAS APARIENCIAS

DE algún modo, no deja de ser cierto que, hoy, en nuestras sociedades más o menos industrializadas, se observa una notoria decadencia de la hipocresía. El mérito, según dicen, corresponde a las últimas generaciones de jóvenes, que han liquidado el lote de respetos y de escrúpulos que les tocó —hereditariamente— en suerte. Pero quizá convenga atribuirlo al simple mecanismo de eso que, para entendernos, llamamos «industria», y que no sólo consiste en la industria, claro está. Las «costumbres» —el «ethos» de aplicación cotidiana— nos venían dadas por una tradición milenaria de base rural y menestral, no precisamente puritana, aunque sujeta a graves principios religiosos, y al incidir en ella las primeras revoluciones del «capitalismo» se produjo un endurecimiento en las normas de comportamiento. Max Weber, si no recuerdo mal, describió el fenómeno al señalar la interrelación entre el rigorismo protestante y determinados trechos del desarrollo económico europeo. Tampoco es una casualidad que la fermentación fabril del XIX sea simultánea a la horrida «pruderie» tipificable con el adjetivo de «victoriana». Habría mucho que hablar acerca del asunto y sus episodios. La impresión final es que, en efecto, nadie se engañaba acerca de la verdadera naturaleza del cambio: la «industria», a la corta y a la larga, comportaba una «desmoralización». La «moral» establecida iba a sufrir graves deterioros y, en última instancia, la ruina absoluta. La reacción defensiva fue áspera. Pero sin futuro.

En realidad, nosotros somos testigos de la etapa más espectacular del proceso. Es ahora cuando la «inmoralidad» de la industrialización da su pleno rendimiento. Las quejas que sugirió el maquinismo en sus comienzos —erosión de la familia, relajación sexual, pérdida de fe religiosa en la masa obrera, odio de clases, etcétera— todavía no podían contemplar las dimensiones completas del caso. La ideología consumista del momento actual, al añadirles un toque sonriente de ventaja generalizada, ha desmontado las resistencias que parecían más impertérritas. No será necesario explicar los motivos. Nuestro mundo de computadoras, de farmacopeas esforzadas, de trasplantes de vísceras, de comunicaciones increíbles, de artilugios domésticos halagüeños, de átomos letales o provechosos, carece de precedentes. No tiene

nada que ver con el de nuestros bisabuelos: casi ni con el de nuestros mismos padres. Otra tenía que ser, por consiguiente, la «moral»: otras tenían que ser «las costumbres». Una vez más, apuntaré que no se trata de afirmar que hoy día la gente practique la crápula por sistema, y hasta es posible que, estadísticamente, nuestros contemporáneos sean más moderados que sus predecesores. Pese a las apariencias, así es. Sólo que las justificaciones y los medios son diferentes. Debemos convenir en que el teléfono y el automóvil, por ejemplo, han subvertido la antigua función de la alcahuetería, y si el pecado de la gula pierde terreno no es por temor a Dios sino por consejo del médico.

Quienes procedemos del tiempo «anterior» estamos en condiciones inmejorables para calibrar el trauma. Y de entrada, sacamos la conclusión de que, en el fondo, los jóvenes de nuestra época disponen de un horizonte de vida más saludable: «éticamente». La sinceridad y la franqueza no son ya, para ellos, una opción excepcional. Antaño, estas actitudes sólo podían ser ejercitadas en el desafío rudo, que solía pagarse caro. Y que, además, a menudo, recibía el nombre desdeñoso o espantable de «cinismo». No importa que el término tergiversase la insignie denominación— o no tan insignie, si bien se mira— de una remota escuela de pensadores. En los usos corrientes, «cinico» era el protagonista de cualquier desplante basado en la insolencia radical. Curiosamente, el «cinico» nunca fue recusado por mentiroso. Quizá lo único que le confería validez ejemplar era eso: su negativa a participar en la mentira institucionalizada. Lo que los demás decían o hacían de tapadillo, o no se atrevían a decir ni a hacer y no por falta de ganas, el «cinico» lo intentaba a pecho descubierto. Hoy apenas se emplea la palabra, ni siquiera como insulto. Y es lógico: al desmoronarse las viejas presiones de la circunspección «moral», no es preciso «insolentarse». (No se me pasa por alto una objeción. A veces, denunciamos a alguien con expresiones de este tipo: «Miente cínicamente», o «con el mayor cinismo, negó la evidencia». La trampa semántica es antihistórica, y sólo se entiende a expensas del «cinismo» auténtico, y en la insidia de desprestigiarle...)

No. Ya no es imprescindible pasar por «cinico», cuando lo que se dice y se hace perte-

nece a los niveles candorosos de la naturalidad, de la veracidad, de la espontaneidad. De la buena fe, si vale el arcaísmo. La terminología enfática de las militancias esgrime vocablos imponentes: «liberación», «emancipación» y similares. No hemos llegado a ese extremo. Todavía hay mucho camino que recorrer, en esta dirección. El tránsito es convulsivo, sin duda, pero no tanto. Y, por otro lado, continúan en vigor muchas formas de hipocresía en perfecto estado de conservación. La ciudadanía ha inaugurado sus «libertades» en el sector que más directamente siente como «vida»: el del amor, y el asunto involucra tremendas parcelas de la realidad colectiva, sin descartar las económicas. Estoy muy lejos de compartir ciertas interpretaciones «pansexualistas» de la conducta social del individuo, pero tampoco se me oculta la importancia estrictamente materia: —biológica— del problema, y su proyección de urgencia. La extraña aventura del hombre en su cupo de vida (supongo que en un alemán heideggeriano podría resultar un largo vocablo retorcido: «el-animal - consciente - de - ser - mortal - y - que - a - pesar - de - todo - cree - que - la - procesión - es - larga - y - el - cirio - es - corto - y - aspira - a - obtener - gratificaciones - sensuales - y - afectivas - sobre - la - marcha - o - sea - antes - de - convertirse - en - cadáver - Indefectible»), la extraña aventura del hombre, repito, tiene este tope. Luego, y sólo luego, viene el resto. El poco espacio que el amor tiene en los clásicos del socialismo resulta alarmante. Los apliques de cochambre freudiano no han cubierto el déficit o el error. Y será preferible olvidar a Wilhelm Reich...

Pero a lo que íbamos: la hipocresía básica ha sido la primera en ser asaltada. No cito como hitos el estriptis ni el estriquin. Si lo demás: las leyes, las discusiones sobre el aborto o el divorcio, las grageas anticonceptivas, la confesional «educación sexual», la vidriosa cuestión de las «minorías eróticas». Uno piensa en los joviales panfletos de Emmanuel Berl sobre la «moral burguesa» —modelos del género, ignominiosamente ignorados hasta hace poco por las editoriales cispirenaicas—, y recapitula la dramática entidad del embrollo. No estará de sobra advertir, para no perder de vista las coordenadas cronológicas, que aquello de que «hipocresía est un hommage que le vice rend à la vertu» es una máxima de La Rochefoucauld,

y este señor vivió y murió en el siglo XVII... Con todo, subsisten otras y no menos feroces hipocresías: en auge, además. Algunas han conseguido multiplicar su eficacia, o su consistencia, a través de los chismes tan discretamente denominados «mass-media»: rotativas, micrófonos, pantallas, altavoces, tricromías, «via satélite»... Las venerables nociones de «vicio» y «virtud» que tan grácilmente combinó La Rochefoucauld quedan al margen de estas operaciones aflictivas. La tomadura de pelo metódica afecta a los discursos solemnes, a los gorgoritos doctrinales, a las mismísimas noticias. Hay países en donde la broma es menos oprobiosa que en otros. En conjunto, y todo bien sopesado, el saldo no parece demasiado satisfactorio.

La pobre «moral», en la encrucijada, queda en entredicho. Los profesores que, por obligación o por devoción, siguen cultivando esta disciplina, dan la medida del desconcierto: a juzgar por los papeles que publican, parece que no saben que hacer con su asignatura (aparte el «modus vivendi», siempre respetable). Y no me meto en el cercado de las autoridades confesionales... Un enfoque previo es el de los «instrumentos», que son, a su vez, dependencias de la «industria». Y por ahí podríamos encontrar la pista de una ambigüedad amarga. Me gustaría poder enunciar mi sospecha sin connotaciones patéticas, ni en pro ni en contra (que, por descontento, pros y contras serían superfluos): la «industria» —la primera, la segunda y hasta la presunta tercera «revolución industrial»— ha sido un revulsivo «ético» memorable, ¿pero «para bien»? La pregunta es tonta, literalmente. No podemos «volver atrás». Ni nadie lo querría: ¿cómo renunciar —ni retóricamente— a los antibióticos, a los transistores, a la lavadora eléctrica? El «hecho consumado» constituye la premisa de nuestra rutina diaria, y no hay que darle vueltas al planteamiento. Pero esa «industria» que ofrece magníficas oportunidades de comodidad, de salud, de cultura —leer a Catulo en edición de bolsillo o escuchar a Gesualdo da Venosa en un disco relativamente barato—, es, también, una máquina de fascinación, de dominio, de alineación... Va por delante la ruptura con algunas hipocresías: las del cuerpo.

¿Las otras?...

Joan FUSTER

AIRE CONFIDENCIAL VOCACION TARDIA

QUEDO, como con una pata en el aire, esta frase de mi artículo anterior sobre habladurías literarias gallegas: «...el hecho de ser un novelista exageradamente tardío...» Se precisaba algo más al añadir: «La primera novela me sobrevino siendo ya cincuentón». Y luego, como tengo por mala costumbre, el texto se me fue por los despeñaderos de la divagación sin dar redondez a la idea personal de la invención literaria y su cronología. (Esta aspiración estilística a la redondez, se me quedó de un discurso del señor Vázquez de Mella, en mi pueblo, y siendo uno mozalbeta. Las fuerzas vivas-muertas locales y la multitud confesional, encandiladas de entusiasmo, le aplaudían, ya desde el exordio, cada cuatro palabras. De pronto el gran orador se plantó en seco y apeando el trémo, que le era connatural, dijo con voz de aparte: «No me aplaudáis, que no me dejáis redondear los períodos». En pos de esta esfericidad conceptual, es a lo que ahora voy, con tal que el intento no se me escape, como suele, por las tangentes retóricas.)

Prosigo: Como no es nada frecuente que alguien empiece a hacer cosas que «le» sean nuevas a tal edad, quiero añadir a la anécdota lo que pueda haber de categorial en el origen de este ser un novelista de tal modo serondo. La cosa es tan rara que parece chiste, y quizá no resultaría tan extraña si todos los del oficio dijésemos la verdad. La mía es ésta: A mí no me gustó nunca escribir, ni antes, ni en el medio ni ahora. Respecto al oficio, que mal o bien desempeño, carezco totalmente de vocación, ni tardía ni de las otras, pues todas ellas suelen ser de temprano brote, como vida avisada o anticipada. Una vocación tardía es, las más de las veces, chilladura; y en nuestro oficio, viejoverdismo intelectual. Por mi voluntad, más bien escasa para todo, yo me hubiese quedado para siempre escribiendo versos, que profesionalmente, es casi no escribir. Por desgracia, apenas tienen salida, y tampoco está bien que uno escriba sólo para sí, que incluso puede llegar a ser contento morbosos, algo así como narcisismo; o peor, onanismo que le dicen. Menos mal que ahora van saliendo un poco más y no sólo por la publicidad que confieren los premios sino porque hay más poetas; y, como se sabe, los poetas son casi los únicos lectores de los poetas, generalmente para criticarse unos a otros...

Pues sí, el abajo firmante no tiene vocación literaria ni periodística ni rabos de gaita. Ahora, o sea hace cinco años, al volver a mi país, que es éste aunque no acabe de parecérmele, me creí acometido por la vocación de escribir sobre política; y, claro, no se puede, al menos como uno quisiera; o sea, algo distinto, por aquello de Descartes, «ser diferente es ser existente», pues no se me negará que mucha de la faramalla que anda por ahí no va más allá de ser soliloquio repentino; y nadie ignora que el soliloquio, aun queriendo semejar pruriloquio, es lo menos político que hay, pues la política no es asentimiento unánime sino aspiración múltiple; es decir, cuestión del hablar de muchos que buscan acordarse para que no se quede en mero barullo o palabrerío de repetición.

Claro, con tales pretensiones, de cuatro artículos devolvían los cuatro, y a veces cinco añadiéndole lo que según el redactor-jefe «quise» decir; y eso que no eran de suceso sino de doctrina, y quizá por lo mismo. Esta última vocación, no de escritor político sino casi lo contrario en las actuales condiciones, o sea de escritor que escribe de política, debió de encontrarme aún muy joven pues su frustración me dolió como «castración», que es complejo de mocedad, según los amenos psicoanalistas. Tampoco se me hubiese ocurrido escribir por aburrimiento, o, mejor dicho, estando aburrido todavía menos. Lo que siempre se me ocurría estando aburrido era ser multimillonario. Los que carecemos de dinero suponemos que teniendo lo no estaríamos nunca aburridos, y a lo mejor no es verdad... Y si seguí escribiendo (declaración que no tiene valor alguno más allá de estos ejercicios introspectivos que siempre me acometen cuando va a salir impreso algún parto de mi ingenio) fue porque un día caí en la cuenta de que estaba ya irremediadamente metido en el lío, rodeado de mirones y cómplices, sin saber cómo salir, tal el que se ve metido en una ciénaga. Pero si hubiese un mecenas lo suficiente amigo de las letras como para comprarme la «no» producción de los años que aún me restan, ficharía ahora mismo. Entretanto tengo que seguir, errático de temas, indeciso de métodos, escribiendo sobre esto y aquello, no sólo para ganar los cuatro cuartos que nos pagan, sino, tal vez, en el fondo, para no dejar de ser alguien, que es un «ser» al que uno se acostumbra perniciosamente, porque si no se es alguien uno termina en esa forma

contradictoria de la notoriedad que consiste en ser un «don nadie».

Esto de escribir sin querer escribir, que parece una jactancia al revés, explica mi condición de tardío; o sea, que por no avenirle a su tiempo la exigente vocación uno se fue dejando estar, pensando en si valía o no la pena, pues la decisión no se le presentaba, incontenible, como «voz de adentro», según la etimología unamuniana, sino como, siempre sospechoso, estímulo de afuera al ver que uno podía hacerlo por lo menos tan mal como muchos otros que andan por ahí triunfando en pugnaces concursos, firmando libros en los grandes comercios, y, bajo condiciones de armonioso apaciguamiento, saliendo en la TV. Por esta falla de fe o escasez de certidumbre, nunca estoy preparado para cuando sale un libro mío, y cada vez que esto, como ahora, va a ocurrir, me pongo suspicaz y destemplado; y en vez de quedarme en esa majestuosa expectativa del escritor seguro, esperando que le vengan a retratar leyendo en su biblioteca (porque con la pluma en la mano ahora sólo se retratan los «ejecutivos»), me pasa lo que al autor de estreno, que anda taquicárdico y crujiente de tripas, como lanzadera entre camarinos, bastidores y agujeros de telón o quedándose en el bar de la esquina como precaución para la fuga. Pero aquello otro que digo, dura más y añade el sufrimiento de sentirse uno también público espectador de sí mismo en la misteriosa toma de conciencia que agrega el verso en letra de molde, como una primera enajenación del texto (prueba de galera, prueba de página), preguntándose: ¿Por qué habré escrito esta bobada, ya tan escrita? ¿De quién será esta frase? ¿A quién le cuento yo todo esto?

Finalmente el miedo acaba poseyéndonos, pero no en la forma, abrupta y descarada pero pasajera, como al autor teatral, sino irguiéndose poco a poco como la niebla letal de los pantanos o rodeándonos, concéntrico y sutil, como el «venticello» del aria de la calumnia de «El barbero de Sevilla». También, a veces, todo este aparato del terror desemboca en la nada, como cuando el público del estreno teatral se marcha, fantasmal y levitante, sin siquiera arrastrar los pies.


Eduardo BLANCO-AMOR

ALUMAR CARPINTERIA DE ALUMINIO

Haga de su galería un rincón alegre y acogedor.

En cómodos plazos

C/. CUESTA, 21
TL. 212.14.82
BARCELONA-6



TELEVISORES NUEVOS a desprecintar desde 500ptas. mes

PHILIPS-INTER-WERNER etc.

y abonamos por su viejo TV hasta 10.000ptas.

SATEL - RONDA SAN PABLO, 42-44
Tels. 329 60 60 - 329 55 55

Visítanos a domicilio

Cuando necesite una semana de descanso llámenos al Hostal. Nuestro chófer pasará a recogerlo.

HOSTAL ANTIC PRIORAT

Lugar ideal de descanso.

COCINA TIPICA ESPECIALIZADA HABITACIONES CON BAÑO
PARQUE INFANTIL PISCINAS CALEFACCION CENTRAL
Teléfono 3 - POBOLEDA (Tarragona) a 4 Km. de Scala Dei